



Toda la correspondencia al Administrador D. G. Osler, Espíritu Santo, 18.—Madrid.

El Mundo Femenino

Se publica todos los domingos. Número atrasado 25 céntimos.

Subscripciones: Por 6 meses 3'50 pesetas. — Por un año 6. — A los correspondientes 2'50 la mano.

EL DIA DE UNA ELEGANTE.—I.^a SERIE.—Por La Corda.



¡AL AGUA, PATAS!



ALREDEDOR DEL MATRIMONIO

CUESTIÓN DELICADA

Cuarto de Paulina. Sobre todos los muebles se ve cajas de cartón, faldas, cuerpos, etc. Un mundo muy elegante, abierto en un rincón.

PAULINA.—MUCHAS AMIGAS.

Paulina (sentándose en la cama).—¡Uf! ¡estoy cansada! ¡Qué fastidiosos son todos estos preparativos de marcha! En otros tiempos se comprendía mejor la comodidad...

Una amiga.—¡Oh!

Paulina.—Bajo el punto de vista del matrimonio, se entiende. Se permanecía tranquilamente en su casa descansando. Es una endiablada idea la de ponerse en camino como vagabundos...

—Pero me parece que debe ser aún más enojoso quedarse aquí, siendo objeto de examen de todo el mundo, porque... al fin, es un caso que intimida...

Paulina.—¡Bah! ¡Lo mismo me da!

—¡Cómo! ¿No temes absolutamente la... la primera entrevista á solas...?

Paulina.—¿Yo? de ningún modo. ¿Qué quieres tú que tema? No soy jorobada, mis dientes y mis cabellos son propios, no tengo postizos, ni añadidos de ninguna clase... y después, que no soy la primera á quien le sucede... lo que quiera que deba sucederme.

—¡Precisamente!... Ahí tienes... ¿Sabes tú seguramente lo que ha de sucederte?

Paulina (que quiere responder con evasivas).—Lo se... así de una manera vaga...

La amiga (desorientada).—¡Ah! vagamente... (Dirige una mirada furtiva hacia una amiga casada, que parece absorta en la contemplación del sombrero de viaje de Paulina.)

La amiga casada.—Os molesto... me voy.

Todas.—No, no, al contrario.

La amiga casada (levantándose).—Ese... «al contrario» es temible... Vais á pedirme revelaciones... Además hace más de una hora que estoy aquí... (Estrecha la mano de Paulina y se escapa.)

—¿Porqué corre así? Nadie como ella hubiera podido sacarnos de dudas...

Paulina.—Es que respeta el secreto profesional.

—¿Y tú?

Paulina.—¡Yo! ¡Oh! Yo todavía no he prestado juramento.

—¡Ah! entonces dinos...

Paulina (decidida en absoluto á no decir nada).—Si no sé más que vosotras...

—¡Y cuando sepas te volverás misteriosa como las otras!

Paulina.—¡Probablemente!...

—En fin, tú puedes decirnos algo... ¿A qué esperas?

—A... todo.

—Pero explícate... Eso no es responder.

Paulina.—Pero si no sé nada... y además esas... cosas deben más fácilmente hacerse que decirse...

—¿Queréis saber mi opinión? Pues yo estoy convencida de que si una supiese absolutamente, pero así, *absolutamente*, lo que eso es, la mitad de las mujeres no se casarían.

—¡Oh! ¿Luego es espantoso?...

—Yo no sé, pero lo imagino... desde luego se acuesta uno en la misma cama... para empezar... y yo no sé si pensáis como yo, pero hay muy pocas personas con las que yo podría acostarme.

Paulina.—.....

La otra amiga.—¡Sí, puede ser!... Y sin embargo... Pero debe de ser molesto. A mí, por ejemplo, me gusta acostarme atravesada; pongo la cabeza á la derecha y las piernas á la izquierda, y me sería imposible dormir de otro modo... Sobre todo, hay muchos matrimonios que tienen cuartos diferentes; luego el matrimonio no consiste únicamente en esta obligación...

—¡Oh! en cuanto á eso, no; yo lo he visto en los libros y en el teatro... Así, en el teatro una mujer se hace querida de uno en cinco minutos... y en menos... y ser la querida de alguno, es lo mismo que ser su mujer: luego...

Paulina (protestando).—Pero...

—¡Oh! absolutamente lo mismo. No hace tanto tiempo, ayer, papá lo ha dicho hablando de la señora de Carabaña y del señor de Loeches. «Hace quince años que ella es su querida, ha exclamado papá: es exactamente como si estuvieran casados.»

Paulina.—Sin embargo, es menos... correcto.

—Yo no digo lo contrario, no he hablado de esto más que para probar que ser la querida, es lo mismo que ser la mujer, y que una se convierte en querida muy pronto.

—Pero si tu padre decía que hacía quince años de eso, no es tan pronto...

—Nó, pero sí voy á citaros otra cosa. Mirad: hace dos años, cuando estábamos en casa de mi tía, en el campo, durante el otoño, nos aburríamos estrepitosamente, sobre todo por las noches. No se sabía qué hacer. Un día, mi tío, que había ido á Alcalá á negocios, supo que había en el teatro una gran representación... era una compañía que iba de paso, y entra anunciándonos que había tomado entradas. «¿Es conveniente para Rosita? preguntó mamá.» «Sin duda; tiene 16 años Rosita, y aunque vea ciertas cosas no las comprende.» Sin embargo, no era muy católica la obra: la protagonista se convierte en seguida en querida de un amigo de su marido.

—¿En el teatro?

—Nó, en el campo, durante el entreacto.

—¡Ah!

—¿Y en la otra pieza? Aquello era peor aún.

—¿Se veía algo...?

—Nó, pero Luisa cuenta á Casimiro, de quien antes ha sido querida, cómo ha llegado á ser la querida

de otro mientras que el antiguo amante se casaba... Ha sucedido al visitarle... Cuenta todo esto en verso; pero yo lo he comprendido muy bien, y ya veis, después de esto, que no hay necesidad de tantos preparativos y que eso debe de ser muy sencillo.

Paulina.—Eso pienso yo.

—Deben, sin embargo, pasar cosas muy grandes, porque ese día los padres tienen unas caras... Los hay también que lloran...

—Pero, por otra parte, se dice que es el día más hermoso de la vida.

Paulina (sonriendo).—Pasado mañana, á estas horas, yo sabré probablemente lo que eso es.

—¡Oh! Cuánto daría por estar en tu lugar.

—¡Toma! entonces no te parece tan temible eso...

—Sí; pero es la curiosidad...

—Yo apuesto cualquier cosa, á que en cuanto estén solos, el señor Andrey va á abrazar á Paulina.

Paulina.—También lo apuesto yo.

—¿Y tú te dejarás abrazar?

Paulina.—Sí, desde que me haya hecho dueña de la situación...

—¡Oh!... ¿Antes nó?

Paulina (con resolución).—Nó, antes nó. Ya me ha abrazado de oculto mi señor futuro esposo, y he visto que eso le hacía un pícaro efecto... Sí, sus ojos brillaban, sus labios temblaban... se estremecía...

—¿Y tú?

—¿Yó? .. ¿Quién, yó?

—¿Qué efecto te hacía eso?

—Ninguno. No me desagradaba, pero no me hacía ninguna impresión, mientras que él... ¡Ah! ¡él estaba loco!... Sí, positivamente... El otro día, me mordió el extremo de la oreja al abrazarme... ¡Ah! pero un buen mordisco, casi me hizo sangre...

La amiga (con ansiedad).—¡Oh! ¿Tú has tenido miedo?

Paulina.—Ninguno, y si yo le hubiese dicho en aquel momento, que si se tiraba por la ventana me volvería á abrazar al subir otra vez, se hubiera tirado sin vacilar...

La amiga (con admiración).—¡Es hermoso el amor!

Paulina.—¡El amor! ¿Se trata acaso de amor?

—Cómo, ¿no es eso el amor?

Paulina.—¡Qué, nó! Es sencillamente... (deteniéndose de pronto). Yo no sé lo que es.

—¡Ah!

—En fin, según tu parecer, ¿qué especie de acto es el matrimonio?

Paulina.—Pues es .. un acto religioso. . y civil.

—¿Y físico .. nó?

Paulina.—Nos separamos de la cuestión.

—Al contrario, porque .. ¿qué es lo que nos preocupa? No es el saber cómo se efectúa el casamiento en la iglesia, ni ante el notario, ¿verdad? Todas hemos visto eso y lo sabemos de memoria. Lo que nos preocupa es... lo que sigue.

Paulina (con canfidez).—¿Y qué es lo que sigue?

—Ya sabes...

—Lo demás...

Paulina.—¿Y qué puedo saber yo más que vosotras?

—Tu madre ha debido decirte...

Paulina (riendo).—¡Ah sí, mamá...!

—Pero eso siempre sucede; ella advierte...

—Es verdad; pero sólo la vispra... tanto, que yo hace seis meses hice como que aceptaba al Sr. X, que quería casarse conmigo, porque pensaba para mis adentros: «Me dirán... me explicarán... en fin, sabré... y eso me servirá para escoger lo que más me agrade.» El pobrecillo me hizo la corte á conciencia; después, un día, dige á mamá: «Mamá, yo quisiera saber en qué consisten los deberes del matrimonio.» Y mamá me respondió: «Hija mía, tu marido se encargará de explicártelos; lo que puedo decirte es, que debes someterte á «todo» lo que te pida.» ¡Esto era muy vago! Fui á ver á papá y le dije: «Yo quisiera, antes de casarme, conocer mis nuevos deberes.» Papá me contestó: «Tu madre te los dirá la vispera de la ceremonia, si lo cree oportuno; porque, por mi parte, juzgo supérflua toda explicación.»

—¡Bien, y qué...!

—Pues, como yo no podía entretener hasta la vispera á ese desgraciado Sr. X... me decidí á despedirle.

—¿Y tú no supiste nada?

—¡Nada!... Pero casi sospecho...

—¿Y tienes miedo?

—¡Enorme!... Creo que querría mejor hacerme sacar una muela.

—¡Oh! ¡una muela!... ¡Eso no vuelve á salir!

—Y luego, lo que hay de más gracioso en el matrimonio, son los hijos.

—*Paulina.*—Después, después; cuando se ha disfrutado de otras distracciones.

—Y por otra parte, una mujer puede tener hijos ella sola.

Paulina.—¡Oh!

—Sí, ¡no debe ser muy necesario el matrimonio para eso!...

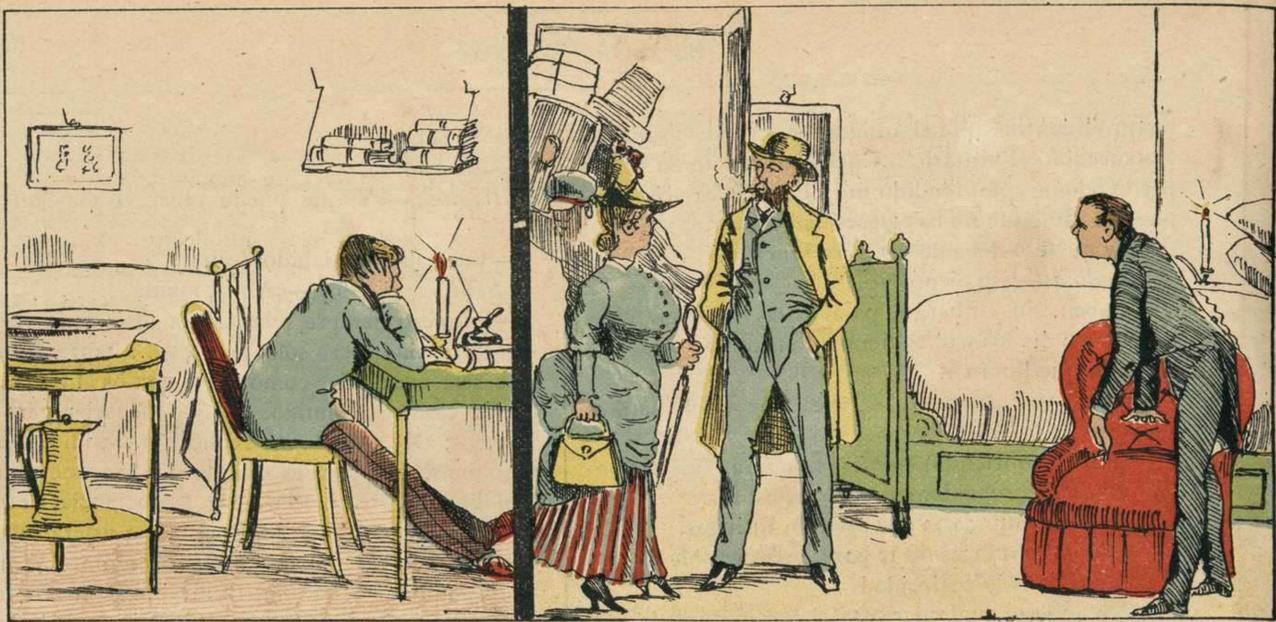
Cuando Gilberta tuvo su último hijo, mamá se disgustó mucho; hasta se puso furiosa, y decía á mi cuñado:

«¡Cuatro hijos en cinco años. Es una vergüenza, ¡por vida mía!» Y Pablo respondía humildemente: «No se enfade usted, ¡son tan bonitos! ¡y tan hermosas las familias de muchos hijos! Y mamá, cada vez más incomodada, decía: «¡Eso lo deís vosotros fácilmente! ¡Para el trabajo que os cuesta tenerlos!» De donde deduzco yo...

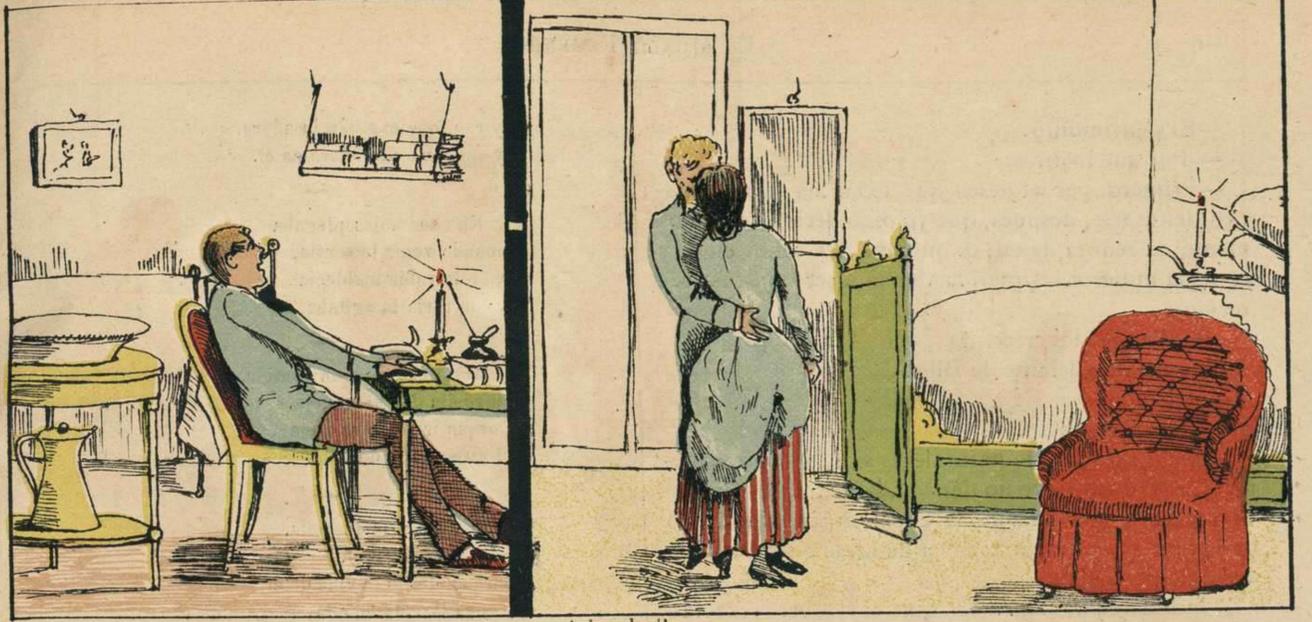
—Eso debe ser verdad. Tanto, que yo tengo dos canarias en una jaula: dos pájaros admirables; pues bien, ponen todos los días; sólo que los huevos están vacíos.

—Pues no debe ser eso desagradable...

Paulina.—¿Qué?



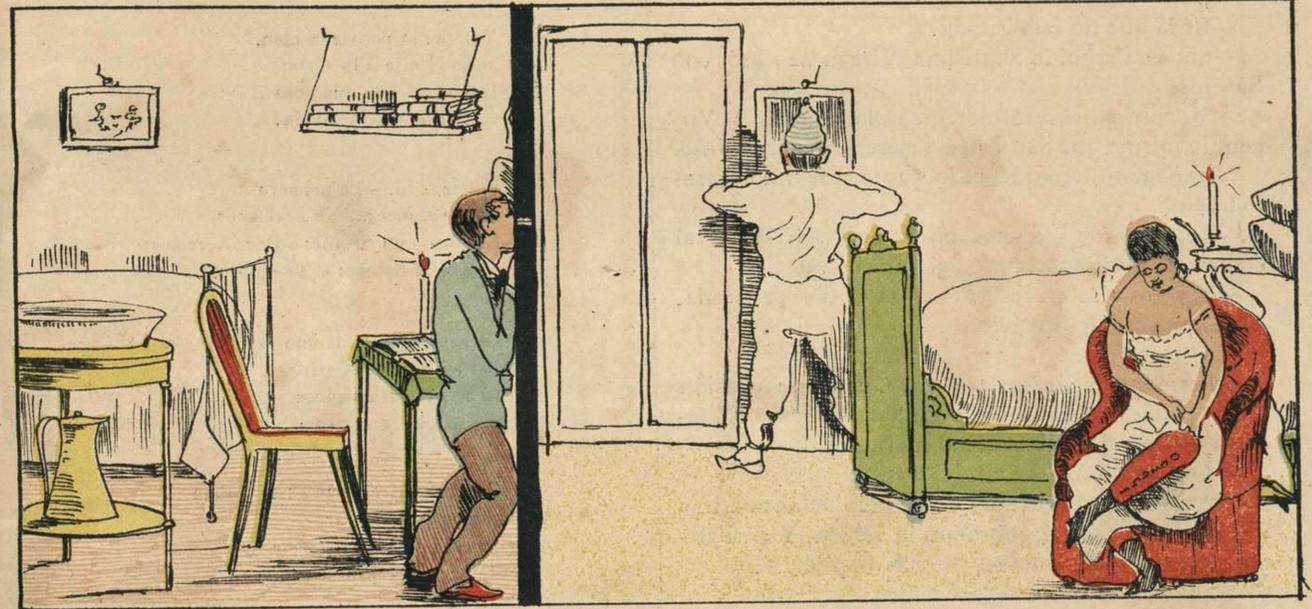
¡A la una!



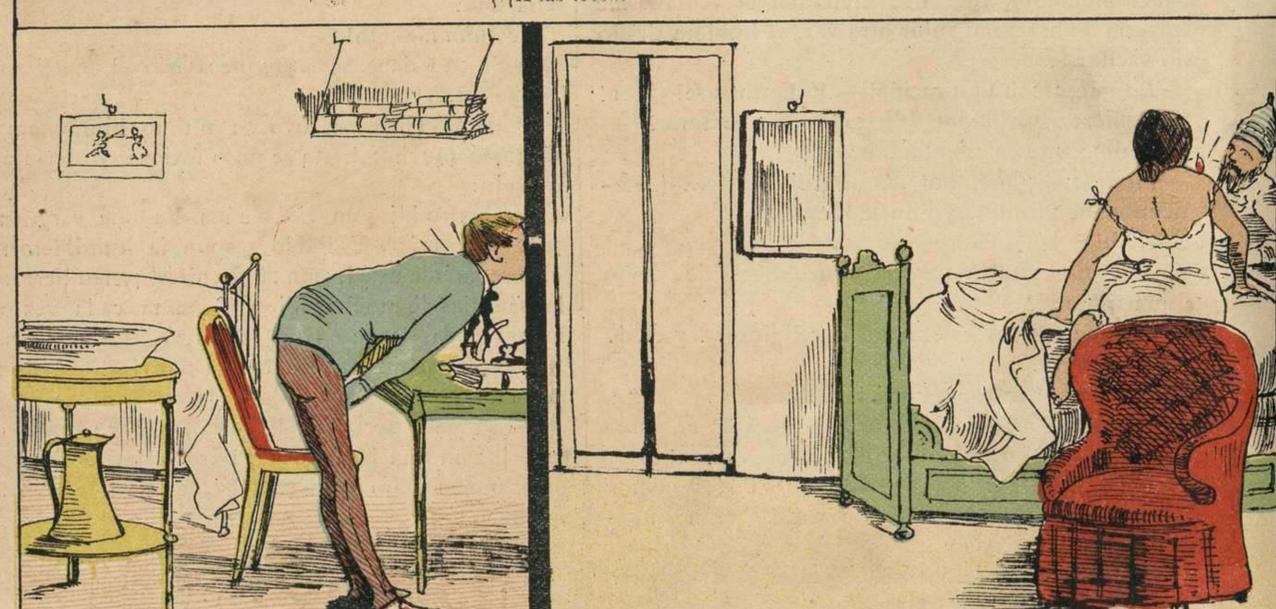
¡A las dos!



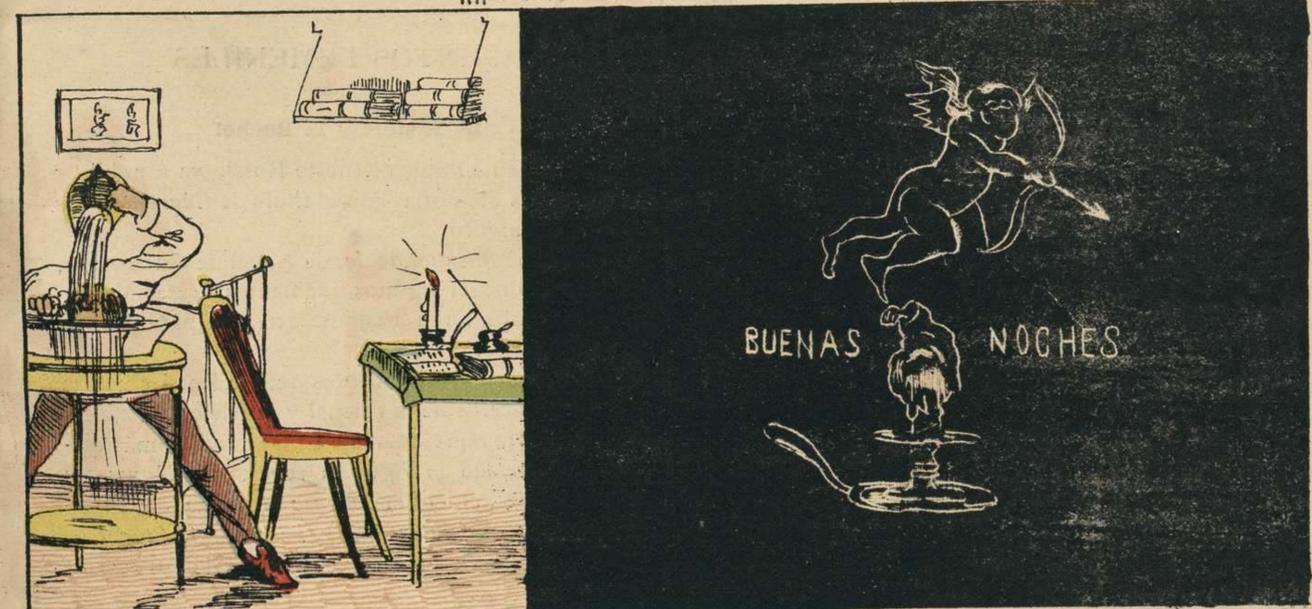
¡A las tres!



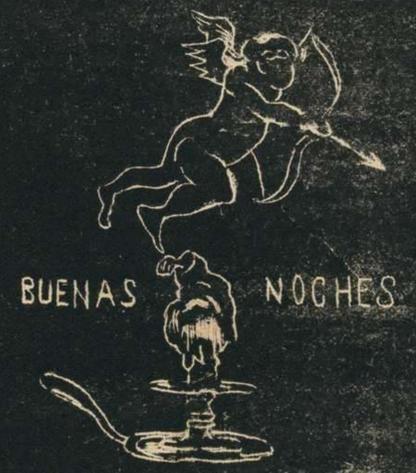
¡A las cuatro!



¡A las cinco!



¡A las seis! ¡Tableau!



—El matrimonio.

—¿Por qué lo dices?

—Primero, por el deseo que todas las jóvenes tienen de casarse; después, que yo oigo decir á cada momento: la señora de tal, es querida del señor cual, y como la mujer y la querida vienen á ser una cosa semejante...

Paulina.—¿Tú crees...?

—Semejante delante de Dios.

—¡Oh! ¡oh!

—Todas protestan.

—Semejante para la naturaleza, si así os parece mejor. Luego este... acto no tiene nada de punible, puesto que hay personas que lo cumplen sin estar á ello obligadas, y á trueque todavía de oírse censurar ó de verse despreciadas.

—Indudablemente... Yo quisiera saber «exactamente» lo que es «una virgen.»

—Es la que no está casada.

—Sin embargo, la Santísima Virgen se casó con San José.

—Sí, pero por eso justamente es la Santísima Virgen, lo mismo que San José ha merecido ser San José.

Paulina.—¿Pero qué es lo que puede importarnos todo eso?

—¡Cómo! ¿que qué nos puede importar? Pues al contrario, nos importa prodigiosamente.

—Y yo os diré que excepto en la Historia Sagrada, eso es un caso de divorcio.

—¿Qué?

—Permanecer virgen. He visto, en cierta ocasión en un periódico, un proceso fundado en eso. La familia de la mujer perseguía al marido.

—¡Oh! ¡qué raro es eso!

—Parece imposible que, reuniendo todas nuestras imaginaciones, no descubramos la verdad. Y dí, *Paulina*, ¿no tienes curiosidad, ni estás inquieta?

Paulina.—Absolutamente nada.

—Al menos nos dirás después...

Paulina (con indolencia).—Sí... sí...

—¿Nos lo juras?

No dejan á *Paulina* sino después de haberla hecho prometerlas solemnemente que «las escribirá» todo lo que desean saber.

RIÑAS DE AMOR

APÓLOGO

Riñó en cierta primavera
el Céforo con la Rosa,
ella por ser orgullosa
y él porque orgulloso era.

Nunca guerra más cruel
se ió en los reinos de Flora;

y eso, que el galán la adora,
y eso, que ella adora en él.

Ella sus hojas plegaba
cuando venir le sentía,
y él de rabia maldecía
y con furia la agitaba.

Orgullosa, aunque abatida,
sufre sin dar una queja,
porque irritado se aleja
el aire que la da vida.

Mortal era la querella,
y su destino cruel,
porque ella es la vida de él,
y él es la vida de ella.

Tal vez lo pensaron bien,
y al fin él dijo á la Rosa:
—Quiero decirte una cosa...
Y ella dijo:—Yo también...

Empieza tú.—Tú primero
—Pues entonces... No acabamos.
—Los dos á un tiempo:—Pues... vamos;
los dos á un tiempo:—¡Te quiero!

De entonces, desde que asoma
el día, en graciosos giros,
él la manda sus suspiros
y ella le manda su aroma.

¿Por qué entre amantes se traban
combates de tal rigor,
cuando las guerras de amor
desde que empiezan acaban?

E. DE LA CERDA

ASUNTOS FEMENILES

La Ristori y la Rachel

El eminente trágico Ernesto Rossi, va á publicar en breve sus Memorias con el título de *Cuarenta años de arte dramático*.

La *Revue Internationale*, de Angel de Gubernatis, ha dado á conocer algunos fragmentos de esas Memorias, las cuales serán bastante extensas para formar dos volúmenes.

En uno de esos fragmentos refiere Rossi curiosas anécdotas acerca de la Rachel y la Ristori.

Esta actriz representaba en 1855, ante la más distinguida sociedad de París, su repertorio: *Francesca de Rimini*, de Pellico; la *Joueuse de harpe*, de Chiossone; la *Boutique de café*, *Myrra* y *María Stuart*.

«Los principales artistas dramáticos de París, dice

S.

Rossi, habían ido á la sala Ventadour, desde las celebraciones del teatro Francés hasta las actrices de los Funámbulos.

Únicamente la Rachel no había venido á vernos. Esta gran actriz se había enajenado con sus caprichos y con su avaricia la simpatía de sus compatriotas, y especialmente la de los críticos y los autores. Experimentaba tormentos horribles con los elogios que todos los periódicos tributaban á la Ristori. No creía ni quería creer de ningún modo en el mérito de aquella rival.

Por fin se decidió á ir una noche al teatro para oír á su tan celebrada competidora. Oculta en el fondo de un palco, asistió á una parte de la representación de *Myrra*. Digo á una parte, porque después del tercer acto se observó que se agitaba convulsivamente y que se presentaba en un palco de proscenio donde se encontraba un príncipe, del cual era amante, según aseguraba la *Crónica escandalosa*. La actriz se asió de su brazo y, sacándole fuera, le dijo:

—¿Es esta la famoso artista? ¡Es esa la celebridad que se quiere comparar conmigo! ¡Ea! Mañana mismo haré fijar un cartel en las columnas de los boulevards diciendo: «¡Madame Rachel en *Phedre!*» Ya les haré ver yo á los parisienses si soy un astro en el zenit ó en el ocaso.

A la mañana siguiente publicaron los periódicos la noticia de aquel escándalo. El público la comentó á su modo.

Dos ó tres días después anunció el teatro Francés que Madame Rachel trabajaría en *Phedre*. La Ristori descansó aquella noche, tomó un buen palco de modo que la vieran perfectamente el público y la actriz, y asistió á la representación.

Todas las angustias, así como el incestuoso amor de Pedro, fueron sentidos por el público, que aplaudió por su propia cuenta é independientemente de la *claque*. Tanto aplaudió, que se rompieron muchos guantes: Adelaida Ristori era siempre la que daba la señal de los aplausos, y lo hacía con tanto calor, que al día siguiente un ingenioso cronista escribió, al comparar el valor recíproco de ambas artistas: «En la Rachel ha prevalecido la naturaleza: en la Ristori el arte.»

Las representaciones de la Rachel continuaron al mismo tiempo que las de la Ristori. La una no quitaba nada á la otra. Al contrario, servíanse de mutuo reclamo, haciendo la fortuna de las respectivas empresas.»

Estafas matrimoniales.

Hace algunos días fueron presas en París dos mujeres que dicen ser inglesas, llamada la una Evelina Rappy y la otra Lindsay, acusadas de estafas matrimoniales.

Parece que la Lindsay, que se casó en Francia, hace veinte años, solía publicar en los periódicos anuncios ofreciendo en matrimonio una joven viuda

poseedora de un millón de francos ó «una muchacha rica que había perdido su reputación.» A los que caían en el lazo les presentaba á Rappy, que sólo cuenta veinticinco años, y de la que se dice que ha visitado á Inglaterra con varios franceses sucesivamente, y verificada la ceremonia nupcial, ha desaparecido al día siguiente, llevándose no sólo los regalos de boda, sino todas las alhajas que podía hallar á mano.

Rappy ha sido presa en uno de los hoteles más aristocráticos, precisamente cuando se disponía á marchar á Inglaterra acompañando á una nueva víctima.

Dícese que es muy hermosa y que ha engañado á personas que ocupaban tan elevada posición, que por vergüenza se han abstenido de producir una queja.

Las cartas y las averiguaciones han proporcionado, sin embargo, informes completos. Rappy ha confesado plenamente, echando toda la responsabilidad sobre la Lindsay.

El testamento de la Patti.

Según escriben de París á la *Algemeine Zeitung*, el día antes de salir para América la Patti hizo y depositó su testamento en Londres.

Conócense algunos detalles muy interesantes de este documento.

La diva deja á su actual marido la mitad de su fortuna (Nicolini posee unos dos millones de francos); la otra mitad la divide entre la familia de su cuñado Mr. Strakosch, y la fundación de un instituto que llevará el nombre de la testadora, y que tendrá por objeto la creación de un fondo en las principales poblaciones donde la Patti ha obtenido sus triunfos, con destino á la educación artística de niñas que revelen aptitudes para el canto.

Una cláusula del testamento impone á los herederos la obligación de tener adornada la tumba de la testadora, en todo tiempo, con flores naturales.

«Siempre he vivido rodeada de flores, dice la cláusula, y quiero estar sepultada bajo flores.»

CONVERSACIONES DE SALÓN

Se habla de una señorita de la alta sociedad, notable por su voz y por sus conocimientos musicales, que arrastrada por su invencible vocación, piensa dedicarse al teatro. Hará su *debut* en uno de los teatros de Italia antes de presentarse ante el público madrileño, entre el que cuenta extensas relaciones, que en más de una ocasión la han prodigado sus aplausos en conciertos particulares.

Ha preocupado hondamente á las familias palatinas y hasta aquellas que, sin ser nada de palacio, hablan de la *Eulalia* y de la *Isabel* como si fueran sus primas ó amigas íntimas, el accidente ocurrido á ésta última infanta días pasados en ocasión que iba de caza al Pardo.

Deploramos la suerte de las princesas é infantas,



que no pueden retrasarse dos horas sin llamar la atención del gobierno, y de todo el mundo que se preocupa de estas novelorías.

Comprendemos el, al parecer, pueril deseo de la simpática infanta doña Eulalia, de comer sardinas de barril cuando estaba soltera.

¡Es tan hermoso variar de cocina cuando se quiere!
¡Y salir y entrar sin poner en movimiento á todo el mundo oficial!

Casamientos.

El lunes á las once de la mañana, en el palacio episcopal, se verificó el enlace de la señorita doña Isabel Biedma, nieta del señor conde de Sepúlveda, con el juriconsulto D. Javier Gil y Becerril, cuya unión bendijo el señor obispo de Madrid-Alcalá.

Fueron padrinos los señores marqueses de Comillas, y testigos D. José Oñate, D. Eloy Palacios y don Mateo Yagüe.

Los recién casados salieron para Portugal.

El día de San José es el fijado para la boda de la señorita de Moreno con el hijo menor del general Urbina.

Ha sido pedida la mano de la bella señorita de Vierna, hija del capitalista del mismo apellido, para D. José María Pellón, perteneciente á una distinguida familia de Santander; y casi al mismo tiempo que este enlace se verificará el del Sr. Vierna (hijo) con la señorita de Urquijo, hija del banquero de Bilbao que lleva este nombre.

El de la baronesa de La Joyosa con el marqués de Monasterio, tendrá lugar probablemente en el presente mes.

La condesa de Fuente el Salce ha trasladado á los viernes por la noche sus reuniones vespertinas de los martes.

La marquesa de Retortillo recibe á sus amigos los cuatro primeros días de cada semana, de cinco á ocho de la tarde, y la condesa de la Romera todos los días á las mismas horas.

En la casa de la señora Barnés de Gómez hubo el sábado animada concurrencia, entre la que se veía á las marquesas de Goicorrotea y Retortillo, condesas de San Luis y de Catres, señoras y señoritas de Abella, Goicorrotea, Sartorius, Villalva, Llorens, Ulloa, Sanromá, Madrazo, Magaz, Riquelme, Tornos, Rábago, Callejón, Catena, Quintero y otras muchas.

Se bailó hasta las ocho de la noche, hora en que los concurrentes abandonaron el hotel, no sin haber repuesto sus agotadas fuerzas con los emparedados, dulces y licores que profusamente se sirvieron en el suntuoso comedor de la casa.

El lunes tuvo lugar una recepción en la legación de los Estados Unidos y por la noche en casa de los señores marqueses de Molins.

El miércoles tuvo lugar un suntuoso baile en la legación de Austria, al que asistió lo más escogido de la alta sociedad madrileña.

Es asunto de las conversaciones un proyectado divorcio entre dos esposos que hasta ahora parecían modelo de matrimonios. El motivo, asegúrase es el haber sorprendido la esposa una carta de una actriz, no de las que figuran en primera línea, que revela unas recientes relaciones amorosas que han venido á destruir la paz y la felicidad de aquel hasta hoy tranquilo hogar.

Dos amigas se hacen mutuamente sus confidencias.

Aurora muéstrase furiosa por el abandono de Carlos, que no puede seguir sosteniéndola por hallarse arruinado.

—Pero eso es una infamia—la dice Julia—tú sabes armarle un escándalo.

—Es imposible, hija mía.

—¿Qué, se ha ido de Madrid?

—¡Ah! ¡pues si fuera eso!... ¡Ya le buscaría yo hasta en el centro de la tierra! ¡Bribón!

—Pues qué, ¿se ha muerto?

—¡Ah! ¿que no te lo he dicho?...

—¿Qué?

—Que esta mañana se ha saltado la tapa de los sesos.

—Debieras haber empezado por ahí.

—¡Qué quieres! distraída...

EL MUNDO FEMENINO

PUBLICACIÓN PERIÓDICA ECONÓMICA

Se publica todos los domingos

PRECIOS DE SUSCRICIÓN Y VENTA

Número corriente.....	15	céntimos.
Id. atrasado.....	25	"
España: un semestre. . . .	3'50	pesetas.
Año.	6	"

Los Corresponsales obtendrán las manos de 25 ejemplares al precio de 2'50 pesetas.

Los Corresponsales de Ultramar y América fijarán los precios convenientes, según las costumbres de cada país.

PAGOS ADELANTADOS

Toda la Correspondencia se dirigirá á D. Guillermo Osler, Espíritu Santo, 18.—Madrid.

Imprenta de G. Osler, Espíritu Santo, 18.—Madrid.

